

Un indio mexicano cuenta su vida.

Hay que conocer a Ricardo Pozas para comprender, súbitamente, la calidad de la élite intelectual mexicana de hoy. Ya ha pasado holgadamente los cincuenta, es grande, robusto, de una sencillez y una afabilidad que crean de inmediato un clima de simpatía cordial, rozagante y saludable como un buen bebedor de cerveza, —que no lo es—, interesado en el mundo con la curiosidad de un niño y, si se trata de indios o, más en general, de problemas de nacionalidades, es-

paz de concentrarse días enteros en su labor. Milita en la izquierda con la bonhomía de lo espontáneo y lo natural; no por haber leído muchos libros marxistas sino por haber recorrido, a pie o a caballo, muchas veces, su propio país, ya sea solo, ya con su mujer, profesora como él, antropóloga como él.

Los indios son la vida de este rubicundo carirredondo apacible sonriente humorístico mexicano, y a él se deben los mejores estudios sobre los indígenas de Chiapas, donde ha pasado meses enteros venciendo hostilidades, acondicionándose al ambiente, creando con su espontánea sonrisa la confianza necesaria para adentrarse en la verdad vital de

estos hombres. No se necesita de tanto para saber de la condición miserable, explotada todavía hoy, en que ellos viven; pero un antropólogo tiene una misión más difícil que la del político, el economista, y él se adelanta al sociólogo, al educador, al planificador, para tratar de componer la cosmovisión del indígena y, a partir de ella, intensificar su integración a la cultura del blanco, sin afectar los rasgos peculiares de su naturaleza.

Cuando se publicó, hace ya diez años, *Juan Pérez Jolote* (*), subtítulo "biografía de un *ixotsil*", quizás su propio autor no preveía que llegaría muy pronto a cuatro ediciones, las dos últimas de carácter popular en tiradas

De quince mil ejemplares. El libro se presentaba como una derivación de los estudios cumplidos por él en Chamula; aplicando uno de los sistemas que ya pusiera en práctica Kardiner y sus discípulos para los comanches y los alorenses, reconstruía en forma levemente romanceada la vida de un indio "ixotzil" que, a pesar de alguna singularidad inusitada como su participación en la revolución mexicana, podía servir de prototipo de las vidas de los indígenas de la misma comunidad.

Contada en primera persona, con una increíble objetividad, deslizando cautamente en el relato abundantes dosis de información sobre las costumbres tradicionales —las sorprendentes formas de la boda, la concepción de la muerte, los ritos religiosos— Pozas cumplió la no pequeña hazaña de ofrecer al relato verídico de una vida privada y, a través de ella, dos cosas más: la vida de los indígenas y la mecánica interna de la sociedad mexicana blanca en los últimos sesenta años. Así, todo el episodio de la revolución resulta, a través de los ojos de Juan Pérez Jolote, tan vivaz y sorprendente como una de las novelas de la revolución, y quizás más auténtico en su fragmentación colorista. Quizás ningún pasaje sea más llamativo que el consagrado a la infancia y la adolescencia, a la brutalidad del hogar paterno y a la huida del protagonista, golpeado durante las borracheras del padre. Aquí Pozas consigue mostrar un esfuerzo de salvación del medio que, al cerrarse el libro con Juan Pérez Jolote maduro incurriendo en los mismos hábitos de su padre, —como consecuencia de la interesada presión de ese medio regido por los intereses de los destiladores y gobernantes—, queda patentizada la responsabilidad del blanco en la situación del indígena. Las últimas palabras de la biografía son, en su seca concisión, un verdadero alegato: *"Ya no tomes más, me dicen mi Lorenzo y mi Dominga, pero yo no puedo dejar de tomar. Hace días que ya no como... Así murió mi papá. Pero yo no quiero morir. Yo quiero vivir"*.

La objetividad —el soterrado esquema racionalista— de que hace gala el indio para su autobiografía no sólo sirve para presentar con claridad una vida engranada en un determinado medio: es además el instrumento con que Pozas transforma su libro en un medio de lucha, tal como después lo hará Fernando Benítez. No es Ricardo Pozas un investigador que pierde el sueño para corregir las sumas y restas del pasado, sino un hombre preocupado por la transformación y el mejoramiento del presente: toda su obra es la de un hombre comprometido con el momento histórico que vive y al que sirve registrando auténticamente su realidad y mostrándola, descarnada, a sus contemporáneos que tienen ojos y no ven.

A. R.

(*) RICARDO POZAS A.: *Juan Pérez Jolote, Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1961. 117 ps.*